

E. HILLESUM, *Escritos Esenciales*, (Introducción y edición: ANNEMARIE S. KIDDER). Santander: Sal Terrae, 2011, 205. pp.

En los últimos años una joven judía holandesa ha conseguido el reconocimiento mundial por sus escritos. Considerada como una «heroína singular» de la época nazi —de la que fue víctima— ha emergido como una mujer fuerte que, en medio de los horrores de la guerra, supo afirmar la bondad y la belleza de la vida y, como una verdadera maestra de espiritualidad; se enseñó así misma y enseñó a otros a explorar el paisaje del alma. Con la publicación de este libro ha llegado el momento de responder a una serie de preguntas: ¿Quién fue esta mujer cuya alma agitada e intranquila, llegó a desprender una paz interior y una alegría de vivir que fue y sigue siendo contagiosa? ¿Qué fue lo que propició el cambio de actitud en ella? ¿Qué puede enseñar a quienes hoy buscan el encuentro con Dios, una sincera convicción de que la vida es buena y bella incluso en las circunstancias más difíciles por la que ella tuvo que pasar. Para conocer la fuerza de esta mujer nada como adentrarse en las páginas del libro que presentamos.

Los *Diarios* de Etty abarcan un período de dos años (1941-1942) relatan de forma minuciosa la progresiva transformación espiritual que experimentó. Durante muchos meses, a petición suya, aceptó vivir en un campo de tránsito pues quería estar con sus compatriotas judíos holandeses para ayudar, ofrecer palabras de aliento y realizar obras de misericordia. Cada semana veía como un millar de ellos, niños y adultos aterrorizados, eran transportados a un campo de concentración polaco. El 7 de septiembre de 1943 ella y su familia fueron conducidos al tren, ella antes de partir arrojó un papel a las vías que alguien recogió: «Dejamos el campo cantando... por ahora... se despiden cuatro de nosotros...». Moría en Auschwitz el 30 de noviembre de 1943, con sólo 29 años.

Etty escribió su diario que le permitía expresar el dinámico paisaje de su alma y practicar una escucha interior. La atenta escucha del alma le revelaba ambigüedades interiores y le permitía practicar una intachable sinceridad consigo misma y una incesante búsqueda para clarificar las «cosas de su interior». Hubo una persona fundamental en su vida Spier¹ le enseñó a reconciliarse consigo misma y a practicar la higiene mental y espiritual. La introdujo en la *Biblia* en las *Confesiones* de San Agustín, en los místicos cristianos, en Rilke entre otros autores.

En 1942 Etty toma conciencia de las crecientes medidas anti judías del régimen nazi, dentro de ella conviven su desarrollo espiritual y fortalecimiento de su centro sin ignorar las noticias cada vez peores sobre la crueldad con la que se trataba a los judíos, las ejecuciones en masa y las deplorables condiciones en las que vivían —falta de alimentos, confiscación de bienes, exclusión de lugares públicos, etc.—. Es entonces cuando su honda vida espiritual se va a poner a prueba en la situación que le toca vivir. Tomó una postura clara de implicarse activamente y ayudar a su pueblo hasta el final. Esta llamada a la acción se hizo realidad cuando entró a formar parte del Consejo Judío. Cuando el Consejo tuvo necesidad de personas para el campo de

¹ Prestigioso psicoanalista y quirológico que le prestó ayuda, con el que trabó una intensa amistad y una relación amorosa. Desde que lo conoció nació en Etty un fuerte anhelo de espiritualidad.

tránsito de Westerbork ella se presentó como voluntaria, sabiendo la dureza del campo y la compañía diaria de la muerte de sus compañeros. Fue en Westerbork donde la práctica constante de la oración y la escucha del dolor de los demás la convirtieron en «el corazón pensante de los barracones». En ella se encarnó la compasión y tomó la determinación de vivir como «bálsamo para toda clase de heridas».

En Westerbork se olvidó de sí misma para prestar atención a las necesidades de sus compañeros, lo que le permitió paradójicamente conseguir una armonía entre el mundo interior y mundo exterior. Etty en su incesante búsqueda se encontró en el fondo con lo que ella denominaba Dios. Desde esa vivencia quiso mostrar a la gente la belleza de la vida, en cualquier circunstancia. Con ello quería ayudar a los demás a configurar su destino desde dentro, siendo dispensadora de amor desde el Amor recibido, en todo ello la influencia del Rilke fue decisiva.

Para adentrarnos en la experiencia de Etty se hace necesario acercarnos al concepto de *mística* entendida como un modo distinto de ver y acercarse a la realidad, al mundo que nos rodea. Lo ordinario está impregnado de extraordinario, lo natural de sobrenatural, lo concreto de trascendencia, lo humano de lo divino. Esta perspectiva resulta posible para los que entran en el misterio silente de Dios dispuestos a nacer de nuevo entrando en el «abismo del no saber, en el abismo de lo desconocido». Los místicos buscan a Dios en el espacio de su propia alma, en donde se permite experimentar lo infinito, en donde se contiene la belleza, el sufrimiento, las ganancias, las pérdidas de modo que estos polos opuestos lleguen a reconciliarse en un todo armónico. Cuando esa armonía interior ha crecido dentro se manifiesta fuera en una paz que desafía toda explicación racional. De ahí que los místicos se introducen en el mundo ayudando a la transformación del mundo con su presencia que habla.

Una de las características de los místicos, de la que participó Etty es que la vida del espíritu es mas real que la vida del cuerpo, lo interior más real que lo exterior, lo trascendente más verdadero que lo fáctico. Desde ahí perciben el mundo, en el que están inmersos, como una realidad impregnada de una presencia unificadora divina que otorga a cada criatura el derecho a ser apreciada y amada como única. De ahí que los místicos detectan la grandeza de Dios en las realidades aparentemente más in significantes como una realidad impregnada de espíritu; de esa forma se mueven sin apenas esfuerzo entre el mundo exterior y el mundo interior.

Pero este ver más, este ver mejor no debe expresarse en superioridad sobre los que no han conseguido evolucionar sino que ha de tornarse en tolerancia y paciencia en actitud de servicio. Etty tenía muy firme el centro por ello podía acompañar a aquellas persona que por las adversidades de la vida vivían turbadas. Para ella la fuerza venía de dentro y era compatible con la introversión y la aparente debilidad de su carácter. Se encerraba en ese «reservado centro» y de ahí derivaba toda la fuerza. Necesitó un aprendizaje de introspección para llegar a la hondura que configuraba toda su existencia, ella expresaba que el interior debe ser una vasta llanura vacía para que pueda entrar Dios sin obstáculos. Su paisaje interior estaba formado por extensas estepas en las que apenas podía adivinarse el horizonte, pues una llanura se integra en la siguiente dejando una enorme sensación de paz.

El mundo interior es más real que el exterior y tiene su paisaje, sus contornos, sus posibilidades, sus regiones ilimitadas. El hombre debe encontrarse en el centro entre los dos mundos armonizándolos y no desatendiendo ni el uno ni el otro. Ella refería

que la «paz conventual» la encontraba con la gente en la sociedad, comprometida con la vida en su momento concreto, alimentando desde su interioridad el mundo de los otros le tocó vivir una realidad terrible, como ella misma señalaba en su diario: «Según decía Spier, vivir en el aquí y en el ahora centrarse en el momento presente, permitiéndose momentos más o menos prolongados de reposo interior... ella misma dice hay que reconocer las propias pausas...» (p. 51).

En julio de 1941 escribe en su diario que hay un profundo pozo dentro de ella y en él habita Dios, está dentro muy dentro y es ahí donde hay que buscarlo, ese es el camino de los que buscan a Dios por dentro (p. 65). Nunca deseo ser nadie especial sólo ser fiel a la llamada interior y cumplir la voluntad. Para ella cerrarse en la celda de oración se convirtió en algo necesario, como si una alta muralla se alzara en torno a ella pero ahí estaba el mundo, un mundo turbulento y atroz que le tocó vivir muy de cerca y del que fue víctima inocente pagando con su propia vida como su gente, su pueblo.

En medio de ese crecimiento espiritual ve como la amenaza para su pueblo y para ella era cada vez mayor, piensa en la maleta que tendrá que llevar con lo esencial para ir al campo en donde no podrá faltar la *Biblia*, el *Libro de las horas* y las *Cartas a un joven poeta* de Rilke y el *Idiota* de Dostoievski. Quería seguir proclamando con su vida lo bueno y hermoso que es vivir en el mundo, a pesar del daño que los seres humano se hacen unos a otros. Quería ayudarle a Dios ante el sufrimiento de los demás, mirar al sufrimiento a la cara. Para perdonar primero hay que perdonarse esa era una idea muy marcada en ella.

«El dolor no es uno de nuestros anhelos sino una de nuestras certezas» Suarès (p. 144). Hay que esquivar el dolor pero cuando aparece hay que mirarle a los ojos y acatarlo no pelearse con él y nunca abrigar odio pues el daño mayor se lo hace el que odia; la vida es tan bella que se hace necesario creer en Dios. Agradeció hasta el final la vida, los amigos, los pensamientos provechosos, el amor que todo lo abarca que sentía dentro de ella y lo volcaba en los demás pues cada átomo de odio que se pone en el mundo lo hace menos hospitalario.

Etty ante los acontecimientos contra su pueblo tuvo miedo, resistencia interior pero lo afrontó, para ella afrontarlo significaba aceptarlo, reconocerlo, prepararse para la posibilidad de un aumento de energía cuando la dificultad también aumentaba. Negar el miedo significa eludirlo y eso es un error, en medio de la dura situación se siente llamada a ser un «bálsamo para las heridas» de su pueblo, el pueblo judío, entregar su vida por aquellos cuya alma ya había muerto.

Al final afrontó el miedo a la muerte física, no huyó de la deportación, no abandonó el campo cuando le fue posible hacerlo, insistió quedarse allí para estar con su familia, para estar con su pueblo repetía: «es demasiado fácil sentir deseos de venganza», pero ella no quiso que el odio anidara nunca en su corazón y lo logró. En la *Biblia* tenía señalado el Señor es mi baluarte. El cielo estaba dentro de ella y era tan amplio como el que tenía sobre su cabeza y eso nadie se lo podía quitar a pesar de todas las prohibiciones y humillaciones que tenía que soportar como judía. Afirmó hasta el final que creía en Dios y creía en el ser humano.

Describe la miseria del campo con realismo y describe sus paseos nocturnos junto a la alambrada mirando las estrellas y siente que la vida es bella, y que un día nacerá un mundo totalmente nuevo. «De noche los barracones eran iluminados por la luz de la luna, hecha de plata y de eternidad como un juguete que se hubiera deslizado de

las manos providentes de Dios. (p. 200) En contra de tanta atrocidad de tanto horror se levantara un mundo de amor, de justicia tomando las fuerzas de dentro de los supervivientes. Se debe sufrir pero no se debe sucumbir, salir del horror de la guerra sin amargura, sin odio, incluso con elegancia.

Ella soñaba con la construcción de ese mundo nuevo y lo está haciendo a través de una voz que nunca se apaga, a través de sus escritos desde donde lanza un grito de esperanza de una nueva humanidad reconciliada. Grito que hemos alcanzado a oír a través de las páginas de este libro que no puede dejar indiferente a nadie que se acerque a su universo.

Al final de su vida escribió: «mi vida interior se está haciendo cada vez más sólida la exterior importa cada vez menos, la guerra y las absurdas atrocidades humanas no podrán cambiar mi corazón». Nada hizo que viera la vida como un sinsentido aunque sufrió miles de muertes cada vez que moría alguien en los campos de concentración. Vivió su dolor en comunión con millones de personas que tuvieron el mismo destino por el mero hecho de ser judíos. Esta mujer es un canto de esperanza para una nueva humanidad la que ella soñó y la que sigue construyendo desde sus escritos a los que tenemos la suerte de acceder y aprender grandes lecciones de vida. Gracias Ety.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia Comillas

G. ZUNIGA, *Esté todo ahí, mística cotidiana*. Bilbao; Desclée De Brouwer, 2010, 250 pp.

La autora es antigua alumna de Karlfried Graf Dürckheim y Willigis Jäger a través de ellos y otros muchos ha descubierto su camino de contemplación y lo enseña en numerosos centros de meditación de todo el mundo. En el camino del *desasimien-to* busca encontrar lo auténtico; el camino de la quietud, el camino que transita de lo superficial a lo profundo, del tener al ser, de la dispersión al origen. Invita al lector a participar en la experiencia de los que están en camino, el resultado es un libro estimulante, un indicador de sendas por los que se puede transitar con confianza, es lo que vamos a ir poniendo de manifiesto en esta reseña.

El libro está escrito desde la experiencia eso se hace muy evidente, y es una invitación a entrar en el *espacio místico*, lo que constituye una afirmación nueva de la vida, una dinámica que nos lleva a unirnos con el círculo sin perímetro del ser, de ahí que resulte una nueva dinámica de actuación vital. Antes de la experiencia de plenitud la autora se vivía ciega, muerta a partir de ahí empezó a hacerle hueco a lo importante y desasirse de todo lo superfluo, ya sólo una cosa era necesaria alcanzar la plenitud interior que todo lo transforma. El aprendizaje consiste en *mirar al fondo* y no a otra cosa, desprenderse del ego y habitar en el Uno contemplándolo, vivir desde la fuente ejercitando el silencio interior.

El ver con los «ojos internos» ha estado confinado en un rincón siendo la verdadera dimensión del ser a la que todos estamos llamados aunque no lo sepamos. Conocer la verdad no es cosa de iluminados es un derecho que asiste a todo hombre con independencia de la religión que profese. El sondear en el *desierto* de la vida es